

RECEPCIÓN DE FIDEL SEPÚLVEDA EN LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

Ernesto Livacic Gazzano

Con Fidel Sepúlveda llegan a la Academia los aires marinos de Cobquecura natal.

En íntima simbiosis con ellos, ingresan, a través de su persona, los hombres y mujeres del pueblo, sencillos y ladinos, a la vez resignados y empeñosos, entre tímidos y floridos en su decir.

Prorrumpe entre nosotros su cultura ancestral: revelación, voz, creación, axiología, ética y estética coherentes, acaba de explicarnos a través-del bello regalo de palabras.

Cultura superficialmente mirada por algunos como cansina en su apego a una tradición, pero no monótona, sino dinámica en sus módulos expresivos, según nos ha dicho: multiforme, rica en ritos y en símbolos, en los cuales se embebió tempranamente el Fidel niño, así recordó en su discurso con un elocuente ejemplo.

Cultura de la soledad y el dolor, de la celebración y de la solidaridad como respuesta de la esperanza y la ilusión como horizontes.

Trae, porque es ingrediente constitutivo de sus fibras más íntimas, una insobornable adhesión, que deviene en una radical identificación, con el entorno en el cual comenzó a ser, sentido como inseparable del propio ser, asumido con una sintonía franciscana de confraternidad, que penetra en la belleza de todo lo creado y se lo apropia dándosele.

Se nos acerca, entre intrínsecamente inevitable y conscientemente asumido, un paradigma de fusión, de con-fusión, entre el propio ser y el espíritu comunitario, no sólo madera de individualidad diferenciadora, sino vividora de la múltiple fronda de un árbol al que se pertenece en una pertenencia marcada por la raíz común de su follaje. Con ese pueblo generador de peculiares creaciones colectivas, de un sello empero no masificado sino cardinalmente humanizado, convive insobornablemente, estrecha afectos inextricables, coprotagoniza anhelos –que puede significar también enarbolar banderas– en pro de su justa integración.

Para una Corporación que certeramente entiende que su misión es inseparable de un latir con la realidad de una comunidad miscelánea en que las variantes contribuyen a conformar como otras tantas teselas un único mosaico, esto que porta consigo y que le aporta Fidel Sepúlveda es materia prima de primera necesidad e insumo de impostergable constante atención.

Nuestro compañero oficial desde hoy en ella, no se ha encerrado o refugiado, sin embargo, en una jaula de provincialismo, ni entre barrotes de tradición estática,

ni en el espontaneísmo de una indiosincracia, ni en un vernaculismo reacio o refractario a la universalidad.

Hijo fiel de un pueblo, con fidelidad que marca en su nombre mismo un proyecto de vida, hace de su crecimiento comunicativo y de su interacción dialógica con todo lo humano de la médula del proyecto. Desde joven, Sepúlveda –sin romper ni atemperar sus vinculaciones originarias a un contexto, a un modo de ser, a una cultura–, ensancha sus horizontes, estudia filosofía, se hace profesor de castellano, recorre todas las etapas de la carrera de Derecho, alcanza el doctorado en Europa, va construyendo en sí mismo, disciplina y convergentemente, una síntesis de vertientes espirituales con proyección de fecundidad.

No es suyo un ejercicio tan sólo especulativo o que se limite a la satisfacción autocomplaciente a través del puro equilibrio conceptual. Se proyecta en la expresión creativa y en la acción ruptural de marginalidades y de frontera para alzar en su vez predios de encuentro.

Expresión creativa: Fidel Sepúlveda escribe. Escribe sentires, pensares, quererres. Escribe con perseverancia, publica de tanto en tanto, cada vez a mayor ritmo. Toda semilla demora en germinar, todo fruto requiere un tiempo para madurar, el licor que se comparta en la fiesta habrá debido antes alcanzar su mejor punto de sazón.

Acciones de encuentro: junto al valor activo de la palabra, Fidel Sepúlveda sabe ser abrigador y caminante de caminos nuevos, fructuosos, eficiente –como dirían algunos hoy–.

En una y otra esfera, el campo visual de su espíritu va ampliándose, haciendo síntesis y ofrendando mayor amplitud y propuestas de armonía.

Pero esos círculos que va progresivamente construyendo son concéntricos, sostenidos ineludiblemente sobre su centro inicial. No lo desplaza, no lo sustituye, lo enriquece, lo puebla de más contenido sin desvitalizarlo.

De algunos de sus escritos ya hablaremos. De sus quehaceres operativos dan buena cuenta, así sea poco más que apenas mencionándolos, varios señeros hitos.

Destaquemos su participación desde sus inicios en el equipo que con visión encabezara nuestro recordado ex académico correspondiente en Croacia, P. Raimundo Kupareo, que inaugura en Chile las investigaciones y estudios superiores en el campo de la Estética, con connotaciones innovadoras necesariamente interdisciplinarias, razón de ser del respectivo Instituto de la Universidad Católica de Chile y de su revista *Aisthesis*, ambos dirigidos por el Prof. Sepúlveda actualmente y en anteriores períodos de una trayectoria que se acerca a enterar las cuatro décadas. A esas instancias universitarias han interesado y siguen interesando por igual las expresiones impropriamente llamadas cultas como las populares de las letras y la música, la arquitectura y la arqueología, la antropología y las artes visuales, rastreando en todos esos predios –cual otra dimensión de Diógenes– la huella del hombre, a veces de cercanías y coincidencias soterradas.

Junto con formar en la universidad a nuevas generaciones de jóvenes para una diferente apreciación de la cultura, Fidel Sepúlveda, desde aquellas fraguas y desde otras que ha encendido, anima la realización, con rigurosa periodicidad, de encuentros anuales que reúnen en diálogo y convivencia a creadores, estudiantes y sobre todo profesores en ejercicio, y que constituyen una de las vías más certeras a través de las cuales nuestro colega que hoy se incorpora promueve una más real consideración de nuestra identidad en el quehacer de la educación nacional. En una treintena ya de encuentros, se ha calado en las vinculaciones entre cultura tradicional y una ancha gama de otras áreas, como religiosidad popular, valores, reforma educativa, desarrollo o buen gobierno.

Siempre, la búsqueda de la armonía, de la síntesis, de la recomposición de la unidad.

De sus escritos, el primero que me impresionó, siendo él aún alumno de mi curso de Literatura Española Medieval en la Universidad Católica –estamos hablando de la década de los '50–, fue, en un penetrante y original ejercicio en clase, su singular abordaje de *La Celestina* de Fernando de Rojas, enfocada como fono análisis de la marginalidad. Ya se veía por dónde iban, afincadas en las propias experiencias de su pueblo, sus penas y esperanzas.

Las palabras con que valoricé aquel breve pero enjundioso trabajo lo hicieron sentir una cercanía que lo animó a confiarme la lectura de algunos poemas celosamente guardados hasta entonces. En ellos capté fácilmente su fibra de auténtica calidad, y a raíz de tal apreciación auguré, no ya sólo privada sino públicamente, su futuro como poeta. Repito esta tarde, de viva voz, algunos de mis juicios, que entonces acogió en sus columnas una revista capitalina: refulge “la actitud de profunda admiración que surge en el interior de Fidel Sepúlveda ante todo aquello que la vida, la naturaleza, la realidad ofrecen... la necesidad de sensaciones que abran horizontes, la búsqueda de una expresión personal auténtica son temas sobre los que va y vuelve... Por sus versos se pasea un dominio señorial del idioma, que sabe mostrar facetas nuevas en las palabras de más gastadas aristas”

Para graduarse como profesor de Castellano, me solicitó lo guiara en su tesis. Su tema era por sí mismo un testimonio de sus intereses: “Seis cuentos telúricos. Análisis estilístico y estético”. En ella se aproxima con inédito prisma a relatos ambientados en el campo, en la montaña, en el mar, en la mina, nuestros, entre los que, por cierto, no habría podido faltar uno de su coterráneo Mariano Latorre. Su desarrollo dio pie a una magnífica muestra de su perspectiva integradora entre lo originario inolvidable y lo adquirido en la universidad vitalizado.

En 1974, salió a la luz su primer libro, con los poemas “Geografías” y el autosacramental “Por Navidad”. Las composiciones del primer género, 39 en su número, ratificaban su arraigo indisoluble a la tierra: la natal y las aldeañas. Imbuidas en la compenetración con lo íntimo y lo potencial de pequeños pueblos y de ciudades provincianas –Cobquecura, San Javier de Loncomilla, Curepto, Chillán–, sugerentemente contraopuestos con el Santiago agresivo e impersonal en que lo laceran el desarraigo y la nostalgia, no constituyen sólo una credencial del autor por su sentido de pertenencia sino una irrupción notable de un nuevo lenguaje en nues-

tra poesía, con todo el sabor del habla nativa, con una interacción muy suya entre lo fonético y lo significativo, con una socarrona corriente y subterránea de ludismo grato y de reivindicación profunda.

Escuchemos el fragmento de una de ellas:

*De Curepto,
mire, amigo,
yo no acepto
que diga bellaquerías*

...

*Es Curepto
en mi concepto
una muy digna persona
persona con dignidad
¿me entiende?
Eso es todo y nada menos
mi concepto
de Curepto.*

*¿Que ahora está arruinado?
¡Por honrado!
¿Que le ven envejecido?
¡Los años y lo sufrido!
Pero le queda su casa
y su plaza
y le queda dignidad
y por eso
yo no acepto
no acepto a ningún inepto
que diga bellaquerías
de Curepto.*

En la segunda sección del libro, nos entrega un singular texto de un género literario apenas ensayado en el país. Su autosacramental, que por esencia incursiona en lo numinoso, se desarrolla al abrigo de nuestra propia antropología real y auténtica. Quienes buscan a Cristo recién nacido y se encuentran en el recorrido tras ese afán común –vale decir, los nuevos Magos– no son reyes de oriente, pero no por ello valen menos. Son un minero del norte, un campesino de nuestra zona central, un pescador del sur y un lolo de la ciudad. Se plantea, pues, un clamar por que Dios nazca entre nosotros: no sólo por el espacio territorial y por los personajes autóctonos elegidos, sino por las realidades que hacen necesaria. Su presencia y por el registro verbal paladino, en el cual suele el pueblo hablar a su vecino, en que se lo reclama.

Dirá el minero:

*busco un poquito de agua,
busco un poquito de luz.
¡Ah, si encontrara el filón
que llenara el corazón!*

Y el pescador:

*Abriendo la mar salada
remo en la noche cerrada,
esquivando la borrasca
espero que una luz nazca,
que la mar se tranquilice,
que el mar que me da el sustento
me dé también el contento
en lo hondo del corazón.*

El campesino:

*Muchos me deben la vida,
vida del vino y del pan,
¿y quién me da a mí la vida?
Mi arado marca una herida,
herida del corazón*

A su vez, el muchacho:

Me marchito por las calles.

...

Sólo hay valles de cemento.

...

*¿Dónde encontrar un rincón
que refresque el corazón?*

Y, ya llegados al pesebre, la respuesta que los cuatro escuchan es:

*Vosotros los que buscáis,
lo que buscáis lo tenéis.
No lo busquéis por fuera,
buscadlo por dentro.
No lo pidáis a los otros,
dadlo a los otros.
No pidáis.
Ofreced.
Vosotros, lo que buscáis,
lo que buscáis lo tenéis.*

Diecisiete años después, siempre en la vertiente de una lírica de raigambre y sello provenientes de la tradición popular, entrega *A lo divino y lo humano*, poemario al que nuestra Corporación otorga el premio "Academia", con que distingue a la mejor creación literaria chilena. Desde su engañoso título binario, la obra es una propuesta de restauración de la unidad, afincada en la compenetración de ambos planos, tan connatural a nuestra cultura tradicional. Aparece en momentos difíciles de la vida nacional de un país, que parece condenado –ahora entero– a la marginalidad, a la división, a la desconfianza. Por algo, significativamente, su primer texto se intitula "Pasión", al modo de la de Cristo –o, quizás, mejor dicho de otro modo– la pasión de Cristo reencarnada en nuestro pueblo.

Un tiempo de perplejidades, de incomunicaciones, de recelos, de muchas forzadas resignaciones:

*Me preguntaron que cuándo
yo le dije que dónde
me dijeron que era como
y me dije que así era
pero en llegando a aquel donde
no vi tan claro por qué...*

Sobre la tierra endurecida por aplastada, no abandona la esperanza, no la cómoda por puramente receptiva, sino la que implica conscientemente un compromiso de lucha:

*que aunque los hombres los dioses y los astros
la tengan olvidada y piensen olvidarla
aquella tierra es tierra y aquella gente es gente
es gente siempre gente aunque ella no lo sepa
aunque ella no lo crea aunque ella no lo entienda
gente a pesar de todo a pesar de ellos mismos
a pesar de mí mismo que soy uno de ellos.*

Más recientemente, en 1995, la inquietud y la esperanza, sin desnaturalizarse –como ya hemos precisado– se amplían, en *América, un viaje a la esperanza*, gavilla de poemas que es cantata de la geografía y la historia de un continente –vale decir, de su tierra y de su gente–. No le ruboriza en modo alguno –a la inversa, le place inmensamente– exaltar la dignidad de lo pequeño y entretejerla con la grandeza prestigiosa. A través de sus páginas Cobquecura se codea con El Dorado y con la Amazonia, y a su madrina Ema Cándida dedica un poema a la par que otro a Bolívar. En este libro, sus convicciones lo llevan a dirigir, en uno de sus textos, una "Epístola" al mismísimo rey de España. De ella, sin mayor glosa personal (ustedes la elaborarán en su interior), repetiré, simplemente, algunos versos:

SU MAJESTAD

*Habiendo sabido que Ud. anda preocupado
(así lo han propalado los medios de comunicación)
de los destinos de estas tierras
que fueron alguna vez de la corona,
no puedo menos de agradecerle la atención
en mi nombre y en el de mi soberano pueblo,
porque harta falta hace que un soberano se acuerde
de aquellos lejanos reinos tan dejados de
Dios
cuanto más de la de los hombres,
y porque esto es así, así es como nos sentimos
menoscabados, depauperados, ninguneados
...
porque siguen siendo de palo las campanas
de los pobres
y no se oyen
...
pero esto no es noticia,
y porque la pobreza, además es de mal gusto
por esto es que aquello de que su Majestad se preocupe
de esta comunidad que le habla a Dios en español
me ha parecido una cosa peregrina y tanto
que hago votos porque Ud. dure y siga donde está
y nosotros empecemos a movernos para estar donde
debemos,
que para mayores cosas nos hizo Dios,
que a Su Majestad guarde.*

Más cerca aún de hoy, en año recién pasado, escribe la letra de "Misa de Chilena", feliz expresión, al margen de heterodoxias, de la rica y vital piedad de nuestro pueblo.

Estos eslabones de una sostenida creación poética serían suficientes para sostener una trayectoria literaria más que meritoria. Pero son apenas parte de su quehacer como escritor.

Entretanto, ha cultivado no menos abundante y llamativamente la literatura de ideas, con ensayos de diversa densidad y extensión, pero siempre luminosos e iluminadores. Sus análisis de grandes títulos muy enlazados con el alma popular, como aquel en que ordena la cronología de *Hijo de ladrón* por entre la maraña de sus montajes temporales, o aquel otro en que deslinda –hasta donde pueden deslindar sin romper su sincretismo– el mundo de los vivos y de los muertos en la Comala de *Pedro Páramo*, son inolvidables por lo magistralmente logrados. Y si de obras más voluminosas se trata, basta recordar que su "Teoría de América en la novela actual" mereció en 1981 el Premio del Instituto de Cooperación Iberoamericana a la mejor tesis doctoral hispanoamericana.

Ha seleccionado y publicado, con apropiadas orientaciones para su lectura y disfrute, *Cuentos chilenos, Cuentos chilenos para niños y Cuentos folclóricos para niños*, todos ellos con acogida que se refleja en múltiples reediciones.

Y ha plasmado también, con sus sueños, la gestación de un mundo mejor en una novela, *Aventuras de Zoo el aveser*. Novela, por eso mismo y por su bello estilo, traspasada de poesía. Según ella, hubo una vez una ciudad llamada Avellano's City, bautizada con este nombre "porque el avellano nace y crece con fidelidad a la vida". Y ella, precisamente, "tenía todos los días del año aire oxigenado, luz exuberante, panavisión de todos los horizontes". Quienes la visitaban, quedaban vacunados contra el virus de la infelicidad y se radicaban para siempre allí.

Había otra ciudad, cuyos habitantes, aparentemente, lo tenían todo, por obra de sus adelantos tecnológicos. Pero el tener no es todo: ciudad sin espacios, tediosa, sus moradores padecían de un mal ánimo que secretaba esmog. Todo era allí mecánico: los que llamaban aviones eran de vuelo rígido, uniforme, dependiente, sin reflejos. Su vuelo era la negación del verdadero vuelo. Por eso sus habitantes eran involátiles, los que habían perdido la capacidad de elevarse.

Uno de ellos, por cierto sin alas, llegó un día a Avellano's City con un hacha y motosierra, y destruyó la ciudad desde sus cimientos. Si queremos saber por qué, escuchemos su explicación: "Lo que se eleva molesta y lo abate. Cree que abatiendo lo elevado despeja su horizonte".

Todo esto se lo contó a Fidel Sepúlveda un aerobio, un ser auténticamente volador de los aires, que lleva el epíteto de "el aveser", es decir, fiel a su identidad de ave, y que, a mayor abundamiento, tiene el nombre de Zoom -con z,o,o,m-, que nos suena Sum -con s,u,m-, como el latino soy.

Frente a los involátiles, a todos los agentes de destrucción, Zoom pasa a representar la fuerza de los que aman la vida. Y en medio de sus aventuras y de sus reflexiones, se nos propone la bella definición de que "Vivir es conjugar el verbo jugar con el verbo buscar".

Esta alegoría con alcances más allá de cualquier espacio o tiempo específicos, es, a la vez, no menos rigurosamente, una simbolización reivindicadora de nuestra cultura popular, prístina, lozana, incontaminada, fiel a la vida, alegre y a la vez abierta a la trascendencia, una cultura del ser.

Nuestra Corporación jamás la ha mirado desde la perspectiva de los involátiles. Ella ha invitado invariablemente a trabajar en su seno, a través de su más que centenario historial, a los aveseres que conocimos como Manuel Antonio Román, Román Laval, Julio Vicuña Cifuentes, Eugenio Pereira Salas, Yolando Pino Saavedra, Oreste Plath y otros, que contribuyeron a que desarrollara su función en sintonía con el autor del idioma. En palabras del ex Director de la Real Academia Española, don Antonio Maura Gamazo, este autor no puede ser "otro que el pueblo, de quien es aliento y semblante".

Hoy esta Academia Chilena abre sus brazos para acoger a un nuevo aveser, fiel a su identidad.

Amigo Fidel Sepúlveda: en su nombre, bienvenido como su nuevo miembro de número.

Santiago, julio de 1998